

AVENIDA LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS (Ex Alameda de Las Delicias)

DE ANTIQUISIMO brazo de río fue lecho. La hizo Cañada el primer bautizo español, bendecido desde la ermita Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que fundara don Pedro de Valdivia. Era su patrona esta virgen, traída en el arzón de su caballo de su caballo de batalla, para alivio de las tentaciones que en pos de su alma militaban. Dios mediante, años después, en 1554, la ermita, se convirtió en casa de franciscanos, y la Cañada tomó el nombre del trajín que hacían los hijos del Seráfico Padre. Por los numerosos templos que fueron rodeando aquel espacio, en un área no mayor de quinientos metros, se dijo que estaba allí "la Ciudad de Dios". En el costado sudoriente, el Carmen de San José, y en hilera, con pocas cuadras de intermitencia, hacia el poniente, San Juan de Dios, San Francisco, La Soledad y San Diego; por el costado norte, San Saturnino, Las Claras, y, como cúspide y memoria, el santuario de la Virgen Santa Lucía.

Los padres franciscanos construyeron un puentecito de cal y ladrillo sobre la pantanosa Cañada, mitad caja de río y basural, para pasar a la puerta de su convento. Luego empezó el pueblo a merodear, atraído por el matutino chocolate de las monjas clarisas y la rica olla de lentejas de los franciscanos. La cristiandad retribuía con cestitos de gallinas y huevos su amistoso fervor.

Cuando el siglo XVIII asomó su cara ceremoniosa, la Cañada dibujaba a lo vivo un retablo lugareño. La cordillera se veía tan cerca como si la mirasen con vidrio de aumento. El cequión de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que venía ancho y desparramado frente a San Francisco, se dividía en dos pequeños brazos de agua que lamían las raíces rosadas de los acacios y las verdes cabelleras de los sauces. En ambas acequias se bañaban los chiquillos, y cuando pasaban señoras se escondían tras los troncos de los árboles o enturbiaban el agua. Los caballos y tropillas de burros, que traficaban para San Diego el Viejo, se detenían también a refrescarse en sus orillas.

Los herradores y barberos situaban sus bancos a lo largo de la Cañada. El comercio de puesteros tenía la tutela seráfica de nuestro padre San Francisco.

En el verano, hileras de calesas permanecían por largas horas bajo los árboles, dando descanso a sus lustrosas mulas choapinas.

En la segunda mitad del siglo, la Cañada se extendía hacia el poniente hasta la plazuela de San Lázaro, y desde allí tomó el nombre de Cañada de Saravia por las quintas que, cerca de la ermita de San Miguel, poseían los marqueses de la Pica Bravo de Saravia.

El matadero quedaba en esos andurriales. Una mañana de diciembre se les escapó un bravo novillo de Chada a los matanceros de San Miguel. Siguió en desenfrenada carrera hasta el camino de San Diego el Viejo, en medio del alboroto de los pacíficos vecinos de las quintas y predios cercanos, y, cegado por el revoque rojo del templo franciscano, se lanzó sobre el portón, abierto de par en par. Se celebraba una misa de festividad. El novillo no se detuvo en su fiero ímpetu al trasponer los umbrales y penetró en el interior del sagrado recinto durante el oficio divino, provocando entre los fieles una batahola de gritos y carreras. En la penumbra de las naves el animal se sintió acorralado y trató de buscar salida en dirección al altar mayor. Los padres oficiantes, aterrorizados se

encaramaron en el ara misma del altar, con albas y casullas, echando a rodar por el suelo candelabros y floreros. ¡Qué lejos estaban del evangelio del pobrecito de Asís!

Algunos encopetados señorones, que oían la misa con suma devoción, contemplaban desde el púlpito con ojos desorbitados aquel campo de Agramante, y no faltaban otros que, refugiados en los confesionarios, pareciesen toreros novicios ante la primera embestida. Las señoras que en el tumulto no habían alcanzado a arrancar, yacían desmayadas en bancos y reclinatorios.

El repique de peligro puso en conmoción a la ciudad, y acudieron numerosos soldados y mulatos a prestar socorro a los feligreses. No faltó entre ellos un buen laceador que al fin diera con el novillo, arrastrándolo fuera del templo, donde dejó la mácula de sus huellas y el regocijo de fieles y hermanos menores.

Al prender sus camaretas el siglo XIX, la vieja Cañada franciscana entonó un himno de rebelión a lo largo de sus cruces y oratorios. Desde el Alto del Molino de Araya hasta Chuchunco (junta de aguas) había rumores de vientos patrios y tintineos de sables. Era la hora en que iba a sonar para la Cañada española su grito de emancipación y a perder su aspecto de cascajal.

El mayorazgo O'Higgins, que había cruzado con las pupilas inquietas, bajo sus añosos sauces, en dirección del camino de Padura, después del desastre de Rancagua, regresaba ahora de los Llanos de Maipo entre toques de rebato y gloria. Los claustros de San Diego estaban repletos de prisioneros de Burgos e iba a imponerles su indemnización de guerra. El ilustre capitán ya no enarbolaba su espada en la mano liberadora, sino una pluma con la que trazó, sobre una tira de papel, varios puntos de tinta que delinearon la actual Alameda Bernardo O'Higgins y que costó a los prisioneros dos años de agrio sudor, aunque tuvieron para refrescarse las sombras apacibles de las quintas contiguas al paseo, y que ellos llamaron "de sus delicias" por las muchas que le reportó su cautiverio.

La Alameda, al comienzo de la República, empieza a ser la arteria principal de Santiago. En 1829 se prolongaba hasta el Llano de Portales, donde hacían sus diarios ejercicios de práctica en el terreno los deshechos batallones de la Patria Nueva. Cuatro hileras de los álamos que en 1809 introdujera al país el provincial franciscano Javier Guzmán, crecían a gran altura, formando canales de cielo azul en el espacio. Entre las filas de árboles corrían pequeñas acequias de agua muy clara en contacto con sus raíces. Al centro quedaba el paseo, mantenido por una gruesa capa de arena que se barría y regaba dos veces al día en verano. La Alameda era interrumpida por dos espacios circulares que llamaban los "los óvalos" y que servían para dar paso a los carruajes y caballerías que iban al Llano de Maipú, y evitar su tráfico por la calzada central. En las tardes, las bandas de músicos tocaban en los "los óvalos" y los paseantes formaban filas, como en el estrado, para saludarse y conversar. El lujo de la Alameda eran sus grandes bancos de piedra pulida, labrados en forma de lechos griegos, en donde las damas, al bajar de sus calesas, descansaban y se hacían servir refrescos de los cafés vecinos. La gente de a caballo quedaba a la expectativa, por los caminos fuera del paseo, y muchos se divertían en tintinear con las rodajas de plata de sus espuelas para atraer sonrisas de las buenas mozas.

Un extranjero dijo después en sus memorias que en la Cañada había visto "las mujeres más bonitas del mundo".

Los muchachos ya no jugaban a la chueca colonial, pero en cambio, colocaban sobre la corriente de las acequias dos astillas de madera y apostaban pequeñas sumas a quien ganaba la carrera, y corrían por ambas orillas, siguiendo con emoción los percances de los improvisados caballitos de agua.

En la Alameda las reuniones sociales se verificaban en la mañana, después de la misa, y en la tarde, después de la novena. Por entre los árboles los novios bebían los libres aires de la República y las luces del hogar chileno. Al frente, en casa de corredores, los cafés de mesitas y asiento tenían música y canto, y hasta improvisadores que hacían sátiras sobre caudillos y generales, priores y abadesas. En el costado sur quedaban las casas de grandes parrales, bajo cuyas verdes hojas celebraban “ los picholeos” y jaranas los mozos santiaguinos, y sus meriendas las personas graves que no podía ir al parral de Gómez o a las sombras de las higueras del Tuerto Trujillo.

En esas quintas de la calle Duarte, a un paso de la Alameda, estaban los mejores rabelistas, arpistas y cantoras de tonadas y zambas nacionales.

Las delicias se iban acollarando por un extraño destino, desde que encontraron allí los prisioneros del Maipo un alivio para sus trabajos forzados, hasta los tiempos en que el romanticismo exaltó las pasiones de los hombres y convirtió el paseo en un camino de glorias y experiencias.

Su prestigio legendario suele recobrarlo en noches de Pascua y de Año Nuevo, cuando se transforma en una cinta de fiesta con sus puestos y ramadas, fondas y ventorrillos, en los mismos sitios donde antiguo lo establecieron las ordenanzas para las chinganas” desde la esquina abajo de la Moneda hasta el Colegio de San Agustín”.

Y en esta fascinante miscelánea de los escaparates llenos de alfarería liliputiense, de los vasos blancos de horchata “con malicia”, de los ramitos de albahaca, suspirosos y tiernos, de la música de “guaraguas” y el viento tricolor, donde la vieja Cañada de San Francisco desvía a la Alameda de las Delicias para tornar al regazo encantado que la vio nacer.

Fuente:

Libro “Santiago Calles Viejas” de Sady Zañartu